

SOBRE LA REFORMA Y LOS REVISIONISTAS

2020-02-09

EDITORIALA

(Traducción)

A fin de cuentas, el contexto político de dos elecciones ha empujado a los partidos, colectivos y sindicatos que defienden la Carta de los Derechos Sociales a llamar a la huelga general U30. Estas organizaciones tienen una hoja de ruta que cada uno cumple por su lado (que incluso a veces chocan entre sí), sin embargo, han convocado la huelga con la finalidad de condicionar conjuntamente el escenario político que han traído las elecciones generales del diez de noviembre y elecciones de la CAV, aún sin resolver. Por lo tanto, este llamamiento aparece entre dos elecciones, y si queremos llegar a su significado táctico, fijémonos en este hecho singular: hay quien tuvo que ir a trabajar por la mañana, y tras acabar la jornada, se acercó a las movilizaciones de las capitales. Es decir, muchos no pudieron hacer huelga y algunos de ellos participaron en las manifestaciones del mediodía. Aunque aparente ser vano, los militantes socialistas podemos aprender analizando ese suceso. Por ejemplo:

-El carácter aristócrata de la huelga: los organizadores han intentado utilizar la huelga para manifestar, mediante la demostración de fuerza, la conformidad con una interpretación definida de la política y a un programa en concreto. Por lo tanto, la huelga tomó forma de manifestación mediática, y sacó a la luz la impotencia política habitual del reformismo, causado por la dependencia que la aristocracia obrera tiene hacia la pequeña burguesía; esa impotencia, en este caso concreto, se manifestó como incapacidad para acometer contra el proceso de producción.

-La necesidad urgente de un modelo político proletario: para que el proletariado desarrolle compromiso político es necesario evitar la contradicción entre las condiciones económicas estructurales del proletariado y las del modelo de organización del programa socialista como las del modelo de movilización.

Mientras tanto, si no se actúa con prudencia, la huelga general de la semana pasada ha generado un conflicto que puede dificultar la independencia política del proletariado. Si es posible que haya transformaciones económicas a raíz de las reivindicaciones del U30, nos es necesario analizar a quién benefician estas supuestas mejoras y qué tipo de consecuencias pueden tener en la lucha de clases entre la clase capitalista y la obrera. El PNV y PSN, por ejemplo, pueden mostrarse dispuestos a hacer ciertas concesiones, si es que eso calmara la iniciativa de la clase obrera y estabilizara su posición de gobierno. El día de la huelga, las organizaciones convocantes pidieron cambios a estos dos partidos, pero puede que varios sectores obreros se alineen con un programa político que es imposible de realizar, que toma las reformas como victoria y que incorpora a estos en el mismo programa utópico que define la vida digna tomando como base la estructura del régimen asalariado. Sin embargo, el «gasto público» aumentado que se le puede ofrecer a la clase obrera no puede afectar a la posición económica estructural del proletariado, y las transformaciones económicas obtenidas no podrían, por consiguiente, aniquilar el lado más atroz del capitalismo. Por lo tanto, a la hora de valorar la huelga del U30, para los socialistas es de especial interés la diferencia entre la reforma y las posiciones tácticas renovadas: las reformas integran a la clase trabajadora en el régimen burgués, concretando mediante ellas cómo se cuantifica en dinero la subordinación de clase. En cambio, las posiciones tácticas que podemos ganar en la lucha por el Estado Socialista, aun siendo mejoras económicas, tienen como objetivo intensificar políticamente la lucha de clases.

Varios cuadros políticos que han defendido la convocatoria oficial han embestido furiosos ante críticas como estas; sin mostrar voluntad alguna para entender las debilidades de su programa, han atacado fuertemente a los que han desarrollado las críticas, al estilo revisionista, haciendo uso del mismo léxico que empleamos en los análisis marxistas. De hecho, el revisionista es aquel que repudia la necesidad de la revolución y la superioridad política del proletariado, pero se tiene a sí mismo como «socialista», «marxista» o, en general, como «revolucionario»: la necesidad estética y función política que manifiesta el partido que ha dejado de creer en la opción del comunismo. Por ejemplo, Eneko Compains mediante un tweet le ha recordado estas palabras de Lenin a un militante socialista comprometido: «Sería una gran equivocación limitarse a aprender el comunismo simplemente de lo que dicen los libros». En este texto, Lenin trata sobre el peligro de reproducir en las organizaciones comunistas la división social del trabajo clasista tradicional (ese que separa el trabajo intelectual y el manual), y continúa diciendo lo siguiente: «Sin trabajo, sin lucha, el conocimiento libresco del comunismo, adquirido en folletos y obras comunistas, no tiene absolutamente ningún valor, porque no haría más que continuar el antiguo divorcio entre la teoría y la práctica, que era el más nocivo rasgo de la vieja sociedad burguesa» (*Tareas de las juventudes comunistas*, 1920). Concretamente es esta unidad organizativa entre la teoría y la práctica la que enfurece a Compains y a los demás. Y llamar teóricos e intelectuales a aquellos que señalan sus contradicciones (sean individuos u organizaciones) no les hace ningún bien, ya que es evidente que reaccionan ante prácticas políticas concretas. No tomarían la mera crítica como amenaza, su problema es nuestra práctica. La práctica que esta vez se ha plasmado en estos cuatro bloques independientes.